



# De perlas y cicatrices : crónicas radiales por Pedro Lemebel. Santiago de Chile : LOM Ediciones, 1998

Autor:  
Rapisardi, Flavio

Revista  
Mora

1999, N°5, pp. 171-172



Reseña



LEMEBEL, Pedro,  
**De perlas y cicatrices.**  
**Crónicas radiales.**  
Santiago de Chile,  
LOM Ediciones, Colección  
Entre Mares, 1998, 218 págs.

En **De perlas y Cicatrices**, su cuarto libro luego de **Incontables**, **La esquina de mi corazón** y **Loco afán. Crónicas de sidario**, Pedro Lemebel recorre, bajo la forma de la crónica, una serie de gestos y rituales que avalaron y reprodujeron las pesadillas de la dictadura pinochetista, y que hoy, en épocas de *desengaño democrático* y *rémora conservadora de cambio*, se repiten hasta el hastío en una especie de carnaval burlesco, en el que la música de fondo es la risotada neoliberal que anuncia el “triumfo” del capitalismo globalizado.

La elección de la **crónica** como vehículo de este conjunto de setenta **estampas** responde a la intención de bosquejar la multiplicidad de personajes y creencias urbanas que, en tanto acontecimientos, se articulan, en modos muchas veces impensados, con los sucesos políticos, sociales y culturales del Chile camino al socialismo, del sofocado por la bota milica de Pinochet y el actual que se debate contra la supervivencia de un legado autoritario hecho grito chauvinista en las gargantas de los que agitan ban-

deritas tricolor por la vuelta del chacal a la seguridad de una justicia nacional silenciada y cómplice.

En estas crónicas, Lemebel interpreta, describe y valora hechos y personajes, actuales o actualizados, al propio tiempo que inmiscuye, explícitamente, su mirada a la manera de un testigo fugaz, pero agudo, y disfrazado, en su travestización del *lenguaje popular* -el de los *bloques* urbanos en los que transcurrió su infancia- como estrategia simuladora que busca hacer estallar “Esta lata de gusanos que se abre desde adentro”, como reza el subtítulo del primer conjunto de crónicas, en las que se convocan y desgranar múltiples rostros de la *cursilería dictatorial* y *post-dictatorial*: la adulación de un grupo de artistas plásticos a Lucía Sombra, la hija de Pinochet, la complicidad con el régimen de Gloria Benavides, conductora de un show masivo y populachero, la acentuación de la mueca de asco social que caracteriza al *ricacherío* y repetida para asemejarse a la lejana monarquía inglesa durante la visita de la Thatcher al país transandino, y la “caridad cristiana” de las señoras de los militares que juntaron cadenas de oro para *reconstruir* el país luego del golpe del '73. De este modo, Lemebel deviene “memorialista” y el género crónica se astilla con re-



cuerdos y autobiografía, resistiéndose a una clasificación genérica estricta de su escritura, que sí tiene la certeza de reconocerse como práctica política. Praxis que Lemebel, junto con Francisco Casas, activaron en el colectivo político-estético *Yeguas del apocalipsis*, creado en 1987, en el que el travestismo de sus integrantes puso en jaque no solo a la homofobia y a la lesbofobia, sino también al incipiente conservadurismo que comenzaba a bosquejarse, a principios de los '90, en algunos movimientos de las minorías por orientación sexual, en tanto preconizaban el modelo americano, prolijo, liberal y es-

table de gay uniformado por la moda y, por lo tanto, integrado a una segmentación diferencial del mercado. El activismo de las *Yeguas* no se limitó a practicar la necesaria proclama política en un país en el que se prohíbe la homosexualidad en un artículo legal, el 365, sino que a partir del trabajo sobre diferentes materiales y experiencias se convocaba a una serie de conflictos culturales como modos de *acción directa* contra distintas formas de desigualdad jerarquizante tanto materiales como simbólicas. La escritura de Lemebel provoca al politizar *el espacio entre letra y letra, entre palabra y palabra, entre frase y frase y entre silencio y silencio*. Su travestización del *lenguaje popular* en *lenguaje culto* consiste en lo que el propio escritor caracteriza como una estrategia que busca *poner alacranes* en las jerarquías delineadas por el poder. En ésta, el *lenguaje popular* nada tiene que ver con un sedimentado folclore, sino que es aquél que se articula en los devenires de la vida de la *pobla*, que utiliza la palabra no como mera herramienta de comunicación, sino que, como sostiene Steiner, es utilizada al modo de arma e instrumento de venganza y beligerancia. La irrupción de estas crónicas no producen solo la desarticulación de los modos de dominio contra los que van

dirigidas, sino que también facilitan la implosión de la autoridad académica amurallada en la asepsia incitada por el modelo neoliberal, que pretende encerrar el *poder interpretativo*, y un consecuente canon, en las cuatro paredes de instituciones cada vez más asfixiadas desde afuera y por complicidades internas.

Así, en un marco de flexibilidad genérica y escritura política, Pedro Lemebel explora y subvierte, al modo de una microguerrilla político-estética que avanza en diferentes puntos y sin tregua sobre una galería de figuras: conductores/as de T.V., modelos, cantantes, gente de pobla, políticos/as, y sitios en los que puede leerse algún párrafo de la historia reciente de Chile o en donde se inscriben algunas de las condiciones de las gatopardistas democracias que arrasan América Latina. Militares, personajes snobs de la *nueva* cultura de la noche, ex-militantes izquierdistas devenidos prolijos funcionarios, las *sufrientes* señoras burguesas que peregrinan bajo la imagen de la Virgen Del Carmen con sus sirvientas mapuches que caminan siempre tres pasos atrás, los



mitos y las negaciones sobre el río Mopochco -el mismo en el que flotaron los cuerpos de los desaparecidos-, el festival de Viña y sus consecuencias amnésicas, y la descripción de la estética arribista de barrios pequeño burgueses como el Ñuñoa y el Florida son algunas de las imágenes sobre las que Lemebel elabora su escritura. Pero entre estas crónicas de hastío frente a la responsabilidad y la complicidad propia de *kapos* versión '90, hay lugar para otras en las que se recuperan experiencias de amores y de luchas. *Bendita fecha en que Allende fue elegido presidente* espeta Lemebel no sólo contra la *lengua lagarta de la derecha*, sino también como acusación dirigida a tanto *aggiornado* activista que en los '70 se había sometido sin discusión, y en pose de adoratriz, a la más férrea disciplina del Partido Comunista Chileno que llegó a prohibir el uso de los cosméticos entre sus filas femeninas y el de la marihuana entre la totalidad de sus *cuadros revolucionarios*. La figura del ex-presidente socialista, la de su secretaria-amante, La Payita, la de estudiantes que tomaron la Universidad en señal

de protesta, el valor de las lesbianas en la fundación de la Colectiva Lésbica Feminista Ayuquelén, después del brutal asesinato de la lesbiana Mónica Briones, el gesto de amor que un ex-presero obsequió al propio escritor en una metálica noche en Santiago, luego de reconocerlo como aquella voz que leía crónicas en la Radio Tierra, constituyen sólo algunos de los signos, de los puntos de fuga que dejan abierto el horizonte.

De este modo, la inclusión explícita de la propia mirada de Lemebel, el reconocimiento de la propia subjetividad puesta en juego en cada crónica -siempre críticas- de hastío y de homenajes son argucias aceptadas por el propio escritor como modo de articular estrategias, ya que sus letras son *pura pasión, puro deseo, y eso es lo único que queda cuando las ideologías están al servicio del poder de turno*, abriendo el espacio del desacato, político, cultural, sexual y genérico, ya que, como sostiene en una de sus crónicas, *...si se trata de soñar, que importa, soñemos lo imposible*.

Flavio Rapisardi